

## SEMANARIO PATRIOTICO.

Núm. LXXVIII.

Jueves 3 de octubre de 1811.

POLITICA.

*Concluye el artículo anterior.*

¿Qué perspectiva tan placentera ofrecen los esfuerzos de una nación, dirigiendo los estudios, y la educación ácia su fin mas conveniente! ¿A qué altura no podrá llegar la España quando sus hijos, despues de una sabia constitucion política, encuentren á la mano los medios de poner á logro las provechosas verdades que enseña la economía y las ciencias que les franqueen el imperio de la naturaleza, y le faciliten invencibles defensores por mar y tierra, y recursos inagotables para sostener en todo trance su independencia y dignidad. Grande es para ello, y muy obvio y conocido el influxo de tales conocimientos. En el actual sistema político de los estados no estriba precisamente tanto su existencia, como en los pueblos antiguos, en los ejercicios corporales del gimnasio, del liceo y del estadio. Requiérense ademas de la agilidad y robustez de sus defensores, y del amor á la patria que inflamaba á aquellos, ilustracion en el cuerpo moral de los ciudadanos en toda



clase de conocimientos útiles en la guerra y en la paz, los cuales apoyando firmemente su subsistencia y conservación, fomenten su felicidad y opulencia. ¡Gloria eterna á los ciudadanos beneméritos que promuevan obra tan bienhechora! Su nombre á par del de los ilustres campeones de nuestra heroica lucha, deberá pasar á las edades futuras con todo el entusiasmo de la gratitud española. No serán estos monumentos de celebridad vestigios del fatuo orgullo de insensatos conquistadores alagados con vanas esperanzas de admiración, esculpidos en pirámides, estatuas y obeliscos, para perpetuar con el exterminio de los pueblos, el renombre del abuso del poder, que maldice la generacion presente, abominan los filósofos y escarnecen los cuérdos de las generaciones venideras: serán sí la expresion afectuosa y libre del reconocimiento y emocion mas pura y tierna ácia los dispensadores munificentísimos de tan señalados beneficios y felicidad.

El fruto mas inmediato y ventajoso de la difusion de las ideas que traen consigo estos estudios, y que mas debe procurar el gobierno, es la estimacion del trabajo, y de todas las profesiones que lo exercen. Nunca pudo ser el ánimo de los hombres al constituirse espontaneamente en sociedad cargar unos con el trabajo y las pensiones, para que á sus expensas otros disfrutasen el recreo y los deleites. Ninguna injusticia mayor que añadir todavia el desden y vilipendio los que nadan en voluptuosidad y holgazanería, á los que se ocupan en artes y trabajos que son el primero y mas esencial título de las propiedades, y por los cuales florecen los estados.

La formacion de las sociedades tiene ya por ob-

jeto principal la declaracion de la inviolabilidad de las propiedades, y la garantia del tranquilo goce de los haberes de cada qual de sus miembros, del producto de su industria y emolumentos de su trabajo; pero todo baxo el sagrado de la seguridad de las personas, y del concepto civil de sus ciudadanos, apreciables á medida del bien que producen al todo colectivo. Por esta sancion augusta, solemnemente proclamada, de la igualdad de derechos civiles ante las leyes, substituye la sociedad su vigilancia respetable, y la fuerza pública á las tediosas fatigas de la vigilancia y la fuerza privada, que sobre la molestia de su enojoso afan, irian acompañadas de la inutilidad de un vano cuidado, continuamente iludido por las sordas ò descaradas agresiones de la violencia manifiesta, ó de la simulacion artera y tortuosa. Comparando asi el ciudadano los desórdenes del despotismo, la incertidumbre de subsistencia de una sociedad primitiva, ó las privaciones del salvaje errante por los yermos, con los socorros que alivian placidamente las exígenias del hombre social, los oficios cariñosos de sus hermanos, la atencion imparcial de las leyes, ó los placeres que le redundan; agradece lo que debe á una sociedad bien ordenada, horrorizado de la imagen de estos primitivos estados, que quando mas atractivos se figurasen, no podria ya soportar, hallandose en todos sentidos á tanta distancia de ellos.

Persuadido el ciudadano á que esta autoridad pública, diligente en afianzarle las ventajas de la sociedad, su persona, concepto y propiedades contra toda sorpresa è iniquidad exterior è intestina, no puede sostenerse sino contribuyendo para las necesarias atenciones del

gobierno, se presta á auxiliarle segun sus facultades. ¿Y quién contribuye mas que el que dedicado á un perenne trabajo, reproduce incesantemente su fondo en circulacion que á cada giro dexa al estado sumas considerables? ¿Quién abre todos los canales de la pública prosperidad sino la industria laboriosa y activa, que dá vida y movimiento á los productos naturales del pais, y crea, por decirlo asi, un nuevo orden de cosas artificiales en beneficio del comercio y de las relaciones sociales, atrayendo la comodidad y opulencia al estado y los particulares? ¿Quién finalmente produce la mayor riqueza de una nacion con que se sostienen todos sus establecimientos, qual es la poblacion y la virtud, sino la constante aplicacion y tareas provechosas?

Por lo mismo que en ninguna sociedad actual puede aspirarse á la absoluta igualdad de fortunas, debe estimularse al equilibrio posible que resulta de la compensacion del trabajo con el dinero. Y ya que de parte de los tenedores de este se hallan todas las ventajas de su posesion, menester es ayudar mas bien á los que con su industria solamente han de competir con aquellos, y lograr desestancarlo para que se ponga en circulacion, en lo que tanto lucra y se interesa la sociedad. Hablandose en una nacion, cuyo gobierno imbuído en los sabios principios de la economia política y de los derechos que competen á todo ciudadano, debe proteger toda industria y toda ocupacion honesta; ocioso es rebatir las vergonzosas preocupaciones de algunos pueblos que en su ignorante y feroz estolidez reputaron solo propia de esclavos la labranza de los campos, y al comercio y á la industria dignos solo de libertos y gentes envilecidas. Tales vestigios de la



barbarie y desidia prepotente, estampados ignominiosamente en algunos códigos, no pueden observarse sin indignacion en el estado en que se encuentra nuestra nacion. A medida que cunde la ilustracion, concurren los conatos del gobierno y de los particulares para extirpar la ociosidad perezosa, raiz infecta de todos los desórdenes y vicios que turban y apestan la sociedad, y acreedora únicamente á toda atrenta y baldon, y á que leyes coercitivas auyenten esta negligencia audaz, sediciosa y delinquente, apremiándola al trabajo. Con la aversion á este no puede componerse ni la virtud ni la industria: faltando esta, no hay fábricas, artes, comercio ni agricultura; y sin esto que refluye en la sociedad los raudales de existencia que la sustentan y animan, jamas medrará su situacion. La industria y el amor al trabajo atraen la abundancia y baratura de mercaderias y operarios, y proporciona el empleo y manutencion de éstos, así como al gobierno alcanzar el gran fin, en que tanto interesa la moral y la politica, de acabar con toda especie de vagabundos, sanguijuelas nocivas é insaciabiles que absorven la substancia y patrimonio de la parsimonia frugal y laboriosa. Estos sin excepcion son merecedores de toda la infamia, oprobio y rigor de la ley y la opinion.

Como que la industria y el trabajo son los fundamentos de la consistencia del estado, los gobiernos instruidos se esmeran asimismo acertadamente, ademas de aquellas providencias, en reducir al minimo posible la clase de individuos que por un efecto inevitable de la politica actual hayan de vivir en la sociedad á expensas de las otras, á quienes retribuyen sus servicios mas ó menos importantes. En los pueblos virtuosos an-

tiguo los ciudadanos eran elegidos para los cargos indistintamente segun su aptitud y el bien general. Solon pasaba en Atenas del ejercicio del comercio á absoluto legislador, como Cincinato en Roma fue elevado á la suprema dignidad de la dictadura desde el manejo de la esteba en el cultivo de su pequeña heredad. El ciudadano y el magistrado eran igualmente soldados en la campaña; y en las ciudades estaban obligados al desempeño de las funciones civiles que se les encomendaban. Entre los pueblos modernos al revés se ha considerado indispensable subdividir los ciudadanos, clasificándolos por gerarquias ó carreras, cuyos empleos hayan de ser vitalicios, porque cada una necesita un estudio especialísimo y asiduo. Sin embargo, sean quales fuesen los deberes y atribuciones peculiares de cada carrera y la distribucion de clases de ciudadanos segun el alvedrio, la necesidad ó forma de gobierno á que perteneciesen, deben gravitar con el menor peso posible las unas sobre las otras. Obtengan en buen hora condecoraciones externas en remuneracion de sus méritos los sugetos dignos de públicas distinciones; pero sea con solo el preciso gravamen de los demas órdenes del estado, igualándolos ademas á todos sin ofensa ni diversidad alguna en la guardia y custodia de sus derechos, en la obediencia á las leyes, y respeto á las propiedades. Ninguna cosa mas injuriosa, ninguna mas opuesta á la justicia natural y al fin de la formacion de estos cuerpos morales y colectivos, ninguna mas destructora de su progreso y riqueza, que la predileccion monstruosa y vituperable de las leyes tocante á los derechos de sus miembros, en cuya igualdad estriba la armonia que concilia sus intereses, y afirma á las sociedades que atien-

den à todos sus individuos sin agravio ni vejacion.

Todo ciudadano honrado y laborioso en qualquiera clase es igualmente útil y estimable en la sociedad en su concepto civil. Todos han de concurrir à un centro comun de la utilidad de la patria, mediante la dependencia y relaciones recíprocas que los enlazan à todos entre sí. Este mutuo comercio general los liga à todos indistintamente en la sociedad à la prestacion, de unas à otras clases é individuos, de aquellos oficios por lo menos cuyo concierto y unanimidad es el alma de la permanencia de la patria, y de que unos à otros son deudores los ciudadanos. Y aun restringiendo este comercio y oficios à los trueques y operaciones del interes individual, ¿quál es en las sociedades la clase tan encaramada sobre las demas que, ó para satisfacer sus físicas exígencias, ò obtener comodidades, no turne frecuentemente con los demas ciudadanos para los cambios, contratos y especulaciones que les sean necesarios ò convenientes?

No pudiendo haber en las sociedades bien ordenadas persona alguna exênta siquiera de cierto trabajo y contratacion de negocios, se infiere con la mayor conviccion y evidencia que las clases dedicadas à las tareas, à la industria rústica y urbana, al comercio y à todo gènero de artes y ocupacion útil, no deben ser ultrajadas en la opinion, ni pospuestas en el aprecio. Las leyes últimamente promulgadas en nuestra España en favor de la industria y sus agentes, acreditan esta verdad esencial é indisputable en la política de los gobiernos que aspiran à desvanecer las dañosas prevençiones en que zozobran los mejoramientos de una nacion, y los tropiezos que obstruyen la senda de su prosperidad. Falta solo perfeccionar estas leyes, sostener su

vigor, y preparar diestramente la opinion. La ilustracion en estos puntos coopera con eficacia á allanar los obstáculos que impidan la feliz revolucion que ha de atraer à nuestro suelo en recompensa las verdaderas riquezas, producto del constante trabajo y moderacion. Quando tienen tal origen las riquezas en un pais, robustecen mas y mas las virtudes civiles y el patriotismo de los ciudadanos interesados en conservar su bien estar, agiéndose por todas partes el lúxo decente y provechoso de comodidad, que disuelve la mezquina reclusion de bienes, repartiendo y haciendolos circular sin la enervacion afeminada ni molicie corrompida que suelen arrastrar en pos de sí las momentaneas inundaciones del dinero por el botin y la conquista. Los fastos y exemplos contestes de las naciones industriosas modernas *confirman estos principios, demostrando inseparables* las miras de un gobierno instruido y que protege estas ideas, de las del ciudadano activo é imparcialmente considerado, que por lo tanto se adhiere intensamente à su patria, reuniendo sus intereses, sus sentimientos y sus esfuerzos por conseguir la estable y comun felicidad de aquellos á que està ligada la suya propia. Asi es preciso que sea, atendidos el influxo y relaciones inmediatas que con la prosperidad de un pais tienen las ciencias que directamente obran en ella, y la estimacion del trabajo en quanto conviene y es referente à los ejercicios ó profesiones respectivas. Cuida pues, esmeradissimamente el gobierno de no desperdiciar estas facultades que tiene en su mano, y reclaman tanto el bien de la patria para consumir la obra de la restauracion, por que tan infatigablemente se desvela.

*J. M. de V.*



## ARTICULO COMUNICADO.

*Ligeros apuntes sobre una cuestion importante.*

Por catorce siglos se conservò pura en España nuestra santa fè católica, confiada únicamente al zelo y vigilancia de los que por su divino anunciador fueron constituidos depositarios y zeladores natos de ella, que son los obispos. Nuestros reyes, que siempre se distinguieron por su religiosidad, constantemente emplearon el poder temporal colocado en sus manos, en sostener las providencias que tomaban los pastores de la iglesia para extirpar los errores y castigar à los que se obstinaban en defenderlos y propagarlos. Recòrranse nuestros còdigos todos, y aparecerà que las leyes civiles, refiriendose en quanto à la doctrina al juicio de los obispos de la santa iglesia; una vez pronunciado este, castigaban con penas atroces à los que por èl eran declarados incurso en la perfidia judàica despues del bautismo, ó en error contra la fè, en el que se obstinasen con pertinacia. Ya en otros paises habia sucedido que con motivos particulares los romanos pontífices habian dado comision à delegados suyos, para que inquiriesen contra los que se hacian sospechosos en la doctrina, pero esto no habia tenido lugar en España, donde los obispos no habian permitido que se les despojase de esta primera prerrogativa de su jurisdiccion espiritual.

Los reyes católicos, queriendo atajar los males que habia ocasionado el nimio favor que de hecho se habia dado à los judios por algunos de sus predecesores, del qual se habia seguido el haber empezado à cundir demasiado su secta en el pueblo español, creyeron que seria oportuno remedio obtener del sumo pontífice la facultad de nombrar para los reynos de Castilla y Leon dos inquisidores, que por la facultad apostòlica procediesen contra los infieles y malos cristianos, sus favorecedores y receptadores; persiguiéndolos y castigándolos quanto de derecho

y costumbre se pudiese; y así lo alcanzaron de la santidad de Sixto IV en el año de 1479. Esta concesión no se puso en planta hasta fines del año siguiente de 1480, y ya en el de 1483 compareció la autoridad de un inquisidor general para todos los reynos de las coronas de Castilla y Aragon; y es que separadamente habia conseguido iguales comisiones para sus dominios el rey católico, y las habia hecho recibir malgrado de sus pueblos.

La bula que para el nombramiento de este primer inquisidor general se expidió el precitado año de 1483, ha sido el tipo de quantas se han expedido después, y así como aquella limitaba la facultad del inquisidor general al determinado tiempo de cinco años, de la misma manera todas las expedidas después la han restringido à este término. El Papa, pues, usando de la potestad universal que sin limite alguno le han atribuido los ultramontanos, desmembró temporalmente de la jurisdiccion de los obispos esta parte relativa à conocer de las causas de fe, y suspendió en este punto la autoridad episcopal por el tiempo que durase su comision apostólica. Esta no fué una reserva ni otra disposicion de causa perpetua, que haya privado à los obispos de una parte tan esencial de la autoridad anexa á su sagrado ministerio; ha sido solo una suspension, que fenecido el término cesa por si misma. Y si bien se examina el asunto, ni esta suspension siquiera contó el establecimiento de la inquisicion, pues que desde luego se previno, y así ha seguido siempre, que los inquisidores procediesen en las causas de fe en union con los ordinarios locales: tanta dificultad se tuvo en excluirlos, ni por tiempo siquiera, de una vigilancia y superintendencia que ha dado nombre à su cargo pastoral. Desde que hubo un inquisidor general, que como se ha visto, fué casi desde el momento mismo de la introduccion de la inquisicion en España, toda la autoridad apostólica para las causas de fe se ha cometido à solo aquel prelado, de quien no son mas que subdelegados todos los inquisidores de los dominios españoles, tan pendientes de su vo-

luntad, que por sí los nombra y remueve á su arbitrio, sin tener que responder á nadie de sus operaciones; de manera que no hay en España autoridad mas libre é independiente.

Mientras los obispos solos cuidaron del depósito de la fe, y persiguieron en uso de sus inatas facultades á los que la contaminaban con errores ó la abandonaban por otras sectas, el método y orden de proceder que guardaron, fué el que se hallaba indicado en las decretales; y el que puede decirse formaba sobre poco mas ó menos el proceso criminal de todos los pueblos de Europa: que defectuoso como era, no dexaba á los procesados abandonados enteramente al arbitrio y tramas de un calumniador desconocido; pero apenas hubo un inquisidor general, en el mismo momento se introduxo un modo de proceder en las causas de fe enteramente nuevo, contrario á las leyes canónicas y civiles, y á la razon misma. Al orden natural y justo de que el acusado sepa quien le acusó, y quien atestigua contra él; de que vea por qué sendas se ha conducido la causa para que resulte culpado; y de que pueda ser asistido para defenderse, del consejo de sus parientes y amigos, gozando desde que la causa se pasa al plenario, del consuelo inexplicable de ver á su mujer y sus hijos y demas personas que le sean caras; consuelo que es siquiera un bálsamo y un lenitivo en las inquietudes y aflicciones que un proceso criminal no puede menos de producir en todo ánimo medianamente sensible: á este orden tan propio, no quiero decir de cristianos, sino de hombres ligeramente civilizados; se subrogó un método tenebroso, inventado nuevamente sin exemplar ninguno anterior, porque á nadie podia haberle ocurrido un trastorno semejante de las ideas de justicia, por el qual al tratado como reo se le ocultaba cuidadosamente la mano que le ofendia, y las que podian ser auxiliares de esta para perderle. Se le negaba para su defensa el auxilio de las personas propias, y que pudieran merecer mas su confianza; y se le tenia por meses y por años sepultado en vida en un calabozo, sin ver á otra persona que al carcelero, sin permitirle

por caminó ninguno tener noticia de su familia; y sin concederle, siquiera una vez en el año, ó una vez en el discurso de su prolongada prision, el triste desahogo de mezclar sus lágrimas con las de las personas interesadas en su existencia y que tomarian parte en sus penas. No hay aqui nada exágerado: yo me refiero á los mismos que se han visto en la precision de practicarle, repugnándolo quizá su corazon, porque quiero hacerles esta justicia. Este es el método inventado por un hombre muy lleno probablemente de fè, pero muy vacío de caridad, muy provisto de ardor y de zelo por la religion y por su oficio, pero muy desprovisto seguramente de todo conocimiento del derecho, de los negocios, y del poder y juego de las pasiones de los hombres.

Entre tales tinieblas era muy probable que el zelo exáltado se proporcionase pronto abundantes victimas; y por desgracia así sucedió. Por una parte el fanatismo convertido en entusiasmo en fuerza de la aspereza y ceño de los inquisidores, y por otra la venganza auxiliada perfectamente para deshacerse de sus enemigos, poblaron en breve los calabozos de gentes miserables, á quienes no hubiera sido difícil desengañar si estaban en el error, ó que quizá se hallaban del todo inocentes, y eran sacrificadas á odios y resentimientos particulares. Por todas partes se encendieron hogueras, porque la imaginacion inflamada de los inquisidores en cada tronco veia un judaizante ó un partidario de la secta del falso profeta. Las acciones mas insignificantes estaban expuestas á ser miradas como ritos de aquellas supersticiones; y con que hubiese uno ú otro testigo que dixera que al indiciado por ellas le habia visto tratar con judios ó moros, estas tan débiles sospechas se convertian en pruebas irrefragables, y le conducian á la pira fatal. El que daba muestras de compadecerse de aquellas desgraciadas criaturas contra quienes así se procedia, era tenido por fautor de infieles, y si se permitia la menor expresión contra tales violencias, en el momento las atraía sobre sí mismo, haciéndose por esto solo sospechoso en la



fè y poniendo à gran riesgo su persona: la opinion à buen seguro ya la habia perdido para siempre.

Exâminado y analizado detenidamente el edicto que todavia se publica todos los años para excitar à que se delate à los que delinquen contra la religion, se vê en él un espiritu minuciosísimo de espionage, —que no dexa duda del nimio calor con que los primeros comisionados se dedicaron à cumplir su oficio de escudriñar y pesquisar. Del temor y espanto que su desmedido zelo difundió en los pueblos, no se quiera otra prueba que el proverbio nacido entònces, que se pronuncia todavia como en voz baja y con aire tímido: *contra el rey y la inquisicion chiton*. No olvidemos para su inteligencia, que poco mas ó menos por aquellos mismos tiempos, tubieron lugar los desgraciados conatos de los comuneros. Los hubo tambien muy desde luego contra las novedades que la creacion de tan extraordinario tribunal introducia; pero habian sido igualmente infelices, porque los reyes católicos habian hecho razon de estado el sostenerle, y à su poder ya nada resistia. No es mi ánimo atribuirles el pensamiento de haber querido crear en este tribunal el mas firme apoyo de la autoridad ilimitada à que aspiraban y que lograron consolidar: pero sino tubieron la intencion, en el hecho les valiò lo mismo que si la hubieran tenido, y sus sucesores no dexaron de aprovecharse de este auxilio quando la ocasion les pareció oportuna. Ello es que los aragoneses, conociendo la brecha terrible que se abria à sus fueros y libertades, de que eran tan zelosos y tenaces, con la nueva autoridad de los inquisidores, y con un modo de proceder nunca antes conocido en pueblo alguno, hicieron tentativas para no admitirle; pero el rey católico llevó adelante su empeño à pesar de ellas, y à viva fuerza introduxo la inquisicion en aquel reyno, protestando que solo era un establecimiento temporal, debido à las circunstancias. No se dieron por satisfechos los que comprehendian toda la trascendencia de aquella novedad, y no pudiendo combatirla de frente ni por vias legítimas, recurrieron à medios reprobos.

dos, valiéndose de hombres perdidos para deshacerse de las personas, ya que se veían en la precision de respetar el oficio.

Veían los aragoneses establecerse en medio de ellos unos jueces, que no podían ser contenidos por los saludables frenos que en aquel reyno ponían los fueros à toda autoridad; observaban con pasmo que estos jueces eclesiásticos, modelos que debían ser de lenidad y mansedumbre, les introducían el tormento (y que, géneros tan exquisitos de él!) quando sus sabias leyes le habían desechado con horror; dolíanse de ver frustrado el gran remedio contra la tiranía, que era el proceso de la manifestacion, por ser incompatible con la jurisprudencia arcaica y con los pasos tenebrosos de los inquisidores; y estas consideraciones les hicieron forcejar hasta cierto punto por no sujetarse à una institucion que en su corazon presagiaban había de ser funesta un dia à la constitucion de su pais, tan sabiamente combinada y à tanta costa sostenida: mas esto ya se insinuarà en otro lugar.

Continuando ahora las reflexiones sobre lo violento y repugnante que no podía menos de parecer el modo de proceder adoptado por los inquisidores, desde el primer paso de la causa hasta el último que daban en ella, que era el acto trágico-cómico de executar la relaxacion del reo al juez secular, haciendo como que rogaban por él; fué esto en tal manera, y chocó tanto la falta de defensa à que en virtud de las instituciones inquisitoriales se reducía à los procesados, que lo visible de esta monstruosidad aun en medio del temor de que estaban heridos los ánimos, obligó à insinuar quejas de particulares, de provincias, y del reyno todo, para que se remediara tan horrorosa injusticia. Produxéronse estas tan à los principios, que se trató ya de la reforma de la instruccion, siendo inquisidor general el gran cardenal Cisneros; però ¡que fuerza adquieren los abusos y los errores una vez introducidos! El punto se ventiló entre los teólogos y jurisconsultos, y el gran argumento de lo hecho, con tanto fruto decían, quando debieran decir con tantos destrozos y tanta rui-

na, prevaleció sobre los principios mas obvios y sencillos de todo derecho, y sobre el dictamen espontáneo de la razon aún en los hombres mas rudos é ignorantes que la consultan y escuchan sin prevenciones. En otras distintas épocas se volvieron á reproducir las instancias; pero cada vez era mas difícil el remedio, porque el mal habia echado mas que profundas raíces, y así es que ha llegado hasta nuestros días, sin embargo de los grandes adelantamientos que de mas de medio siglo acá se habia hecho en las ciencias morales.

Ni era esto solo lo que parecia repugnante en los procedimientos del tribunal de la inquisicion. Quando en los demas tribunales eclesiásticos algun español es vejado y atropellado contra ley, le queda el arbitrio de acudir al trono y al consejo ó los tribunales de provincia en sus casos, para que se deshaga el agravio que se le haya irrogado: pero el que gimé baxo la ilimitada autoridad de los inquisidores, está enteramente entregado al arbitrio de estos y precisado á pasar por quanto hicieron, sin tener sobre la tierra á quien volver los ojos ni de quien esperar proteccion: cosa que no se sabe como pudo hacerse, porque el rey, sin dexar de serlo, no puede abdicar de si esta autoridad tuitiva en que consiste principalisimamente su dignidad y su oficio: á saber, en librar de fuerzas y opresiones á sus súbditos. Sin embargo, en algunos casos extraordinarios de grandes violencias que podian producir turbacion en el estado, los reyes no pudieron prescindir de la obligacion de padres y tutores universales; y de atajar con el supremo poder que les estaba confiado, semejantes agravios y desórdenes. La historia nos ha transmitido la noticia de haber usado de esta suprema regalia la magestad del emperador Carlos V., Felipe II., Carlos II. y Felipe V. En nuestros días alguna vez interpuso su autoridad en causas de la inquisicion Carlos IV., las avocó á si, y tomó conocimiento de ellas: pero siempre que esto ha sucedido, los inquisidores han hecho reclamaciones, han recurrido al artificio de pintar la fe en grave riesgo, porque se trataba de

contenerlos en los límites de una autoridad moderada y justa, y han logrado frustrar tan justos conatos, y quedar mano à mano con sus víctimas para tratarlas à su arbitrio sin oposicion de nadie. Las contestaciones sobre estos puntos pasaron tan adelante en el reinado del primero de aquellos monarcas, que en el año de 1535 privó à la inquisicion de todo el uso de la autoridad real, y la mantuvo sin él diez años: de lo que ha quedado memoria en la ley 5. tit. 7. lib. II de la novísima recopilacion, en la qual ley es ademas de notar que expresamente dice su promulgador Carlos II, tan nimiamente escrupuloso, como todos saben, que en mayor favor de tales causas se habia suspendido el derecho de la defensa de los vasallos, inherente en el auxilio real de las fuerzas. ; Qué perversion de ideas! Abandonar así à la discrecion ò indiscrecion de unos hombres, que hombres habian de ser al fin, la vida de los vasallos y el honor de las familias sin reservarse siquiera el derecho de volver alguna vez la cabeza à ver si se guardaban las leyes del imperio, de que nadie puede estar exento; y esto por una idea sumamente vaga ò mejor una quimera, porque tal es lo que se llama el favor de las causas. Pero ya se ve, sin este favor arrancado con palabras vacias de sentido, el arcano inquisitorial se divulgaba; vistos y examinados hubieran chocado por fuerza los procedimientos tortuosos y oscuros del tribunal de la fè; y la cosa no hubiera podido sostenerse, porque no puede sufrir la luz.

Con el tiempo, no mucho despues de la creacion de la inquisicion, cometieron los romanos pontifices al inquisider general de España otro encargo sobre el de su primitivo instituto, que fué el de cuidar de la prohibicion de los libros que contubiesen doctrina contraria à la de la iglesia. En esto sufrió otra suspension la autoridad ordinaria de los obispos, porque hasta entónces cada uno en su diócesi anunciaba à la grey cuya salud le estaba encomendada, los libros de cuya lectura debia abstenerse, vedándosela con las penas propias de su jurisdiccion



espiritual. Y aunque los papas desde los primeros siglos habian acostumbrado à extender en este punto su solicitud universal à toda la iglesia, como se convence de la decretal del papa Gelasio inserta en el canon *Sancta Romana* del decreto de Graciano, no quitaron à los obispos que concurriesen con los mismos pontífices en esta saludable vigilancia, y menos hicieron de ella una comision particular hasta la época que se dexa indicada. Por otra parte, si se publicaban obras que contrastasen el órden público y provocasen al trastorno de la sociedad politica, los que estaban al frente del gobierno civil contenian su curso; y la iglesia no se interponia en estos casos, si en las tales obras no eran combatidos la fe ò los principios de la sana moral. Con esta nueva comision dada por el papa al inquisidor general, sucedió que insensiblemente se fué alzando este prelado con la exclusiva facultad de prohibir ò conceder la lectura de los libros en España, y así tomó enteramente todos los caminos de la instruccion pública: ni los obispos por su parte, ni el gobierno por lo que le tocaba, velaron ya sobre este objeto importante hasta que los abusos hicieron conocer à este alguna vez que si no los atajaba, su autoridad se hallaria, quando menos lo pensase, vilipendiada y escarnecida.

Sucedia que todos los libros que defendian la autoridad civil de los pueblos contra las pretensiones de la curia romana, apoyadas por los escritores ultramontanos, eran puestas al punto en el índice de la congregacion de Roma, y que haciendose oír en España el eco, se colocaban también en el índice de la inquisicion española; la qual se empeñaba en que aquella prohibicion debia observarse y tener efecto en estos dominios: esto quando de Roma no dirigian inmediatamente la prohibicion, y la hacian publicar en España, sobre lo que hubo diferentes encuentros con los nuncios de S. S. y con las congregaciones de aquella capital. Mas si à aquellas se las contuvo, no así à la inquisicion, que siguió siendo el único regulador de lo que habian de leer y pensar los españoles. Hasta el reynado de Car-

los III, no se halla que se hubiese tomado providencia ninguna para contener la indecible facilidad con que la inquisicion prohibia, recogia y detenia los libros; mas apenas este monarca vino á España, quando enterado de esta arbitrariedad tan perjudicial á los progresos del espíritu humano, tratò de reprimirla, y de hacer observar método y orden en la prohibicion y detencion de los escritos, publicando en el año de 1762 una real cédula dirigida á este efecto. Era natural que esta nueva disposicion en una materia que habia corrido sin regla y sin ley por espacio de mas de dos siglos, encontrara tropiezos y estorbos, sino directos y manifestos, indirectos y sordos que frustrasen la execucion, y asi se verificò: de manera que lo resuelto en aquella ley no tuvo efecto hasta que examinado de nuevo el asunto, se diò en el año de 1768 la otra cédula inserta en la novisima recopilacion, en la qual se dispuso la audiencia de los autores, si vivian y se hallaban en estos dominios, y que se les nombrasen defensores en los casos opuestos, con otras reglas que empezaron ya á refrenar algun tanto una facultad que no habia hasta entònces conocido limite alguno. Mas tambien durò poco esta ligerisima reforma: sobrevino la funestisima revolucion francesa, y no atreviéndose el gobierno á prohibir por sí los escritos politicos que aquella producía y abortaba, pues habia de todo, se valió de la inquisicion para estorbar su introduccion y curso, y esta le sirvió tan cumplidamente que por poco dexa nada que leer fuera de la cartilla y el belarmino con exemplos. Ningun papel de los de la revolucion, que los habia tambien juiciosos, pudo adquirirse licitamente y sin exponerse á grandes disgustos; mas no parò aquí, sino que se quitaron de la mano de la juventud obras de politica y derecho publico que habian corrido antes con aceptacion y sin riesgo. En una palabra, la inquisicion llenò enteramente los deseos del gobierno en aquella época y ha continuado despues hasta el dia poniendo la mayor atencion en que nada corriese que pudiera ilustrar á los hombres sobre sus mas

caros intereses, y ahora es quando principalmente sentimos el perjuicio que en esto nos causó: que quede con las facultades que tenía; y veremos á donde van á parar los decretos del 24 de setiembre. Es decir, que el gobierno ha tenido y tendria en la inquisicion un excelente instrumento para deshacerse de todo escrito que mirara como contrario á sus usurpaciones. A decir la verdad, tambien ha sido ultimamente un buen instrumento de la corte para perseguir á las personas que se creian desafectas al favorito, y á las que se les achacaba haberse explicado en términos amargos contra el mismo y contra los desórdenes de palacio. De algunos años á esta parte se puede asegurar que de cada diez miserables que han sido sumidos en los calabozos de la inquisicion, los ocho lo han sido mas por pretendidos crímenes de estado que por delitos contra la fe.

No queriendo que se propalase haber personas que se permitian una censura acre de las disoluciones, dilapidaciones y toda especie de vicios de una corte corrompidisima, procuraban que en lugar de agitarse en juzgados donde al cabo es preciso dar publicidad á lo que hace materia del juicio, se sepultasen aquellas porquerias en un tribunal en el que todo es misterio, y del que nada pudiese transpirar, y que por esta calidad convida á las sorpresas y á las maquinaciones sordas.

Mas ¿qué hablamos de ahora y de nuestros dias? El solapado Felipe II, como se valió del mismo instrumento contra su hijo primogenito, el príncipe Don Carlos, la esperanza y las delicias de España! porque no es dudoso que le hizo formar causa por el tribunal y que por ella ó con ocasion de ella fué sacrificado á otros resentimientos. Conozco personas que han tenido en su mano el proceso; así hubieran sido menos delicadas y le hubieran extraído del lugar donde se custodiaba! Tendríamos hoy un insigne documento que podria servirnos para muchos objetos. El mismo Felipe II, quando se desengañó de que en Aragon por medio de los tribunales civiles no podia perder á su secretario Antonio

Perez, que despues de once años de prision y de haber sufrido el tormento, se le habia fugado à aquel reyno, recurrió à la maligna idea de que se le formase causa de fè y se le trasladase à los calabozos de la inquisicion, como así se verificò, llevándole à ellos desde la cárcel llamada de *manifestados* donde estaba baxo la proteccion del justicia. El pueblo de Zaragoza, que conociò el artificio, se sublevò è hizo restituir à Antonio Pesez à la cárcel de donde habia salido. Segunda vez se tratò de llevarle à la inquisicion; hubo nuevos alborotos; y se siguieron todos los males que afligieron à aquel reyno, los quales son bien sabidos de todos. No hay quien ignore los sobornos y otras picardias del inquisidor Morejon y los tristes efectos à que por fin conduxeron: y no hay que decir que esto se sabe por las relaciones de Antonio Perez que pueden ser sospechosas, porque està atestiguado todo en las historias de aquel tiempo, y señaladisimamente en un precioso manuscrito de Lupercio Leonardo de Argensola en que este grande hombre dà cuenta muy menuda de todos los sucesos de Aragon en el año de 1591, que son los relativos à las cosas de Antonio Perez. La resultà fuè quedar ya ènervada, paralizada, y puede decirse destruida desde aquella època la excelente constitucion política del reyno de Aragon: de modo que si la razon persuade que *constitucion è inquisicion* no pueden coexistir, aqui el hecho viene en apoyo de la teoria, y la confirma de un modo infrastable.

Se querrà saber què parte, què influxo ha tenido y debido tener en las cosas de la inquisicion el consejo de la suprema: esta sì què es dificultad. Yo por mi confieso ingenuamente que no sè la parte que le corresponde, y dudo que haya quien no estè en el mismo caso, incluso los consejeros si quieren hablar de Buena fè. Lo que no tiènè dada es que la bula relativa à las facultades del tribunal de la inquisicion desde el principio siempre sin variedad ha venido cometida al inquisidor general solo para que se valga de las personas que sean de su confianza. Muy luego se estableciò un consejo para què lo fuese del inquisidor



general, así como el rey tenía establecidos los suyos para que le consultasen en los casos que tuviese por conveniente oír su dictamen: y el rey le concedió ciertas distinciones, y prerrogativas, igualándole en quanto á ellas con el de Castilla; mas no por esto salió de la esfera de consejo del inquisidor general. Los consejeros de la suprema se acogen á otras bulas separadas de las del inquisidor general en las que se designa su autoridad, ya con respecto á este, quando le hay, y ya con respecto á los negocios de inquisicion en el tiempo de vacante: pero aqui es justamente donde está la mayor dificultad, porque estas bulas no son conocidas de nadie.

La ocasion en que debieron conocerse fué quando en el año de 1704 examinó el consejo de Castilla la famosa causa de P. Fr. Froylan Diaz del orden de predicadores y se enteró de los ruidosos sucesos á que dió motivo: y lejos de que hubiese constado á nadie la disposicion de tales bulas, todos los consejeros de Castilla convinieron uniformemente en que nada sabian de ellas, y no fundaron su dictamen sino en la posesion que alegaban á su favor los de la suprema de no tener unicamente voto consultivo; y lo que principalmente inclinó el ánimo del rey, para determinar la libertad del maestro Froylan y el restablecimiento de los tres consejeros de la suprema que habia depuesto por sí solo, hacia cinco años, el inquisidor general, fué haberse convencido de la violencia é injusticia con que en todo este negocio habia procedido aquel prelado. Creyó el rey de su obligacion en caso tan notorio remover la fuerza y dispensar su proteccion soberana á vasallos que habian sido por tanto tiempo vejados y oprimidos. Por lo demas entonces nada se conoció ni entendió de lo que era la autoridad del consejo de la suprema; y así nos hemos quedado sin haber adelantado mas en este conocimiento desde entonces. Parece pues, preciso que el consejo, que solicitó ser puesto en el exercicio de sus funciones, acredite, no con las bulas originales, porque esto sería demasiado exigir, mas sí con trasuntos ó de otro modo que no deje duda, si tiene autoridad separada de la del in-

quisidor general, para qué objetos, y en qué terminos: de otro modo ¿cómo es posible admitirle al uso de unas facultades que no se sabe cuáles son?

En una villa de treinta vecinos no admite el alcalde al uso de autoridad á comisionado ninguno de ninguna esfera sin que le haga constar de un modo indudable las facultades con que viene: ¿se querrá que sea ménos circunspecto el congreso nacional en una materia tan delicada como la de jurisdiccion, en la que la falta de esta expone á nulidades de grandísima consecuencia? Por fortuna en este asunto hay un partido excelente que tomar, y es el de declarar que quedan expeditas las facultades ordinarias de los obispos para todos los objetos á que se extendia la autoridad de los tribunales de inquisicion: ni mas ni ménos que como se gobernaron aquellos por muchos siglos hasta fines del XV en que esta se instituyó. No sé porqué se ha de esperar ménos de la vigilancia de los obispos, depositarios y guardas natos de la doctrina, que de la de otros zeladores advenedizos, introducidos en la iglesia fuera del orden gerárquico que en la misma se estableció desde el principio: esto seria acusar de falta de providencia á su divino fundador. No se alcanza qué inconveniente puede haber en adoptar para las causas de fe y calificacion de los escritos que le sean contrarios, una medida que está puesta en planta con dictámen de prelados doctos, y consultas del consejo, para otros negocios reservados de antiguo á la santa sede, y respecto de los quales la autoridad ordinaria de los obispos no está solo temporalmente suspendida, sino cortada enteramente, como son las dispensas de impedimento del matrimonio, de irregularidades reservadas, y otras de ley de la iglesia que estan en igual caso. Pretendia el nuncio de S. S. que estaba especialmente autorizado por el papa para conceder estas dispensas, y como para todo lo que es comision y delegacion es necesario producir documento auténtico que la acredite, no teniendo el nuncio y no siendo posible en cosas de esta entidad atenerse á papeles informales é insignificantes, se creyó justisimamente

te que en la imposibilidad que hay de acudir à la silla apostòlica, debian cesar las reservas, y volverse à su primitivo vigor las leyes de la natural economia y administracion de la iglesia; por las quales cada obispo en su diòcesi ocurrirìa por sÌ solo à todas las necesidades espirituales de sus diocesanos, aunque con la dependencia y subordinaciòn debida à la cabeza universal de la iglesia: por tanto, que la seguridad de las conciencias exigia que la facultad para todo lo expresado se reconociese donde reside originalmente y por divina instituciòn, que es en los obispos. Pues con quánta mas razon unos negocios respecto de los quales solo estaba suspendida temporalmente como se ha dicho, la autoridad de los ordinarios, y aun esto no enteramente, como tambien se ha observado, sino reservando à està la concurrencia que en mi concepto creyeròn no podian quitarles? Yo nada encuentro mas natural que el que los obispos se reintegren de esta parte interesantísima de su jurisdicciòn que nunca debieron partir con nadie, y mucho mènus perder: por decontado esto es seguro y carece del riesgo de nulidades; en el que infaliblemente se daba, autorizando à un tribunal cuyas facultades son absolutamente desconocidas.

Estas son las ideas que se me ofrecieron luego que oÌ se pensaba en que se restableciese el consejo de la suprema y general inquisiciòn; sin que haya tenido que hacer mas que ponerlas por escrito, no hallándome en estado de darles mas extension è ilustraciòn por la falta de toda especie de auxilios en que todos nos hallamos. Me he abstenido expreso de entrar en la cuestiòn de si en las cosas de fè conviene usar de los medios de rigor, y si estos son ò no conformes al espíritu del cristianismo; porque esta indagaciòn me habria llevado muy lejos y no la he contemplado à propósito para la resoluciòn que habia que tomar.

FIN

ALMAYNE, NOT APRIATIMI AI ME

## NOTICIAS.

Son muy satisfactorias las que ultimamente se han recibido de la buena disposicion que se advierte en algunas provincias de ultramar para libertarse de la tirania de los facciosos; y esto nos hace fundar esperanzas de que en verificándose el envio de los refuerzos que se preparan, podremos prometernos ver enteramente tranquilizados aquellos paises; mayormente si el congreso se apresura á dirigirles la convocatoria para las futuras cortes en los términos que ya estan decretados.

Como para trasladar desde el condado de Niebla el campo de San Roque las tropas del general Ballesteros, no parece sino que se esperò á que estubiese batido el tercer ejército; era (y aun lo es todavia) de temer que los enemigos, desembarazados por aquella parte, dirigiesen todas las fuerzas, que juzgasen necesarias, á derrotar la pequeña division que por este lado les hemos opuesto. Aun así, confiabamos, es verdad, en la bien acreditada bizarria y disciplina de estas tropas, y sobre todo en la actividad, pericia y patriotismo de su dignísimo general; y las ventajas que casi contra toda probabilidad hemos conseguido en los campos de Ximena, han hecho ver lo fundada que era nuestra confianza. Pero al cabo ¿podremos desentendernos del corto número de soldados que tiene á sus órdenes aquel benemérito general? ¿Será posible que no se le envíen competentes refuerzos con toda la prontitud que las circunstancias permitan?

## ANUNCIO.

Ensayo económico sobre agricultura, fábricas, comercio, navegacion y aduanas de España; por D. Juan de Ozaniz. Se vende en los puestos de papeles públicos.

CADIZ:

EN LA IMPRENTA TORMENTARIA.